

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general salió de Guatemala, la vía de Nicaragua, y del proceso de su viaje hasta llegar al convento de San Salvador”

p. 195-201

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



[CAPÍTULO XXXV]

De cómo el padre comisario general salió de Guatemala, la vía de Nicaragua, y el proceso de su viaje hasta llegar al convento de San Salvador

Lunes cinco de mayo salió el padre comisario general de Guatemala con los compañeros sobredichos para Nicaragua, como a las tres de la mañana, y al salir de la ciudad pasó un arroyo por una puente de piedra, por la cual entra un caño de agua en el mismo pueblo, y poco más adelante, subiendo unas cuestras, pasó otras seis veces el mismo arroyo que viene descendiendo por una quebraba abajo, por la cual va el camino; amanecióle en lo alto de las cuestras, y bajadas éstas, las cuales de bajada y subida tienen casi tres leguas, anduvo otras dos de camino llano, dejando una estancia a la media legua junto al mismo camino, y finalmente llegó entre las ocho y las nueve de la mañana a un bonito pueblo llamado Petapa, cinco leguas de Guatemala y de aquel obispado, de unos indios que ellos y otros comarcanos hablan una lengua particular que tira mucho a la achí y aun tiene algunos vocablos de la de Yucatán. Tienen en aquel pueblo los religiosos de Santo Domingo una casita en que residen dos dellos, los cuales recibieron al padre comisario con mucho amor y le hicieron mucha caridad y regalo. A la entrada de aquel pueblo, junto a las casas, corre un río, el cual muy cerca de allí entra en una laguna a la banda del sur, donde hay muchas mojarras y truchas, y en cuya ribera y en la del río sobredicho se dan muchos y muy buenos maizales; son muy nombrados y tenidos en mucho en lo de Guatemala los capones y los plátanos de Petapa por ser maravillosos de buenos, como también lo son los cangrejos, por ser de agua dulce y muy sabrosos y sanos. Hay en aquella comarca unos árboles de cuyas rajadas, cortadas o hechas muy menudas, se saca de unas vejiguillas que en ellas se hallan, un licor de olor muy delicado y suavísimo, como de una pastilla de muchas y muy olorosas confecciones, que cierto es admirable.

Martes seis de mayo salió el padre comisario muy de madrugada de aquel pueblo, con un indio de a pie por guía, y luego allí junto subió una muy alta y penosa cuesta, después pasó tres malas barrancas que llaman de Petapa, las cuales estaban regadas y con algún barro porque aquella noche había por allí llovido; por la segunda de aquellas barrancas corre un riachuelo y por la tercera otro, el cual se pasa seis veces porque va por una quebrada muy honda y angosta, que de una parte y de otra tiene muy altos cerros y muy espesa montaña, y por la misma barranca

va el camino en el cual hay algunos pasos peligrosos, mayormente en tiempo de agua, en el cual se pasan con mucha dificultad y trabajo; después de las barrancas se pasan otros dos arroyos y luego está la venta del Cerro Redondo, cuatro leguas de Petapa. En medio de aquellas barrancas y espesura de montaña se escondió la guía que el padre comisario llevaba, de suerte que nunca más la vio, pero guióle Dios y así no perdió el camino y llegó a la venta sobredicha antes que fuese de día. Pasó de largo, y pasado el mismo Cerro Redondo que está cerca de la venta y unas sabanas y cienaguillas y un mal país, que si tiene algo de bueno es no ser largo, y junto al mal país un arroyo que orilla del mismo camino entra en una lagunilla en que se crían muchos patos, y poco más adelante otro arroyo mayor; al fin, lleno de sol y harto de andar, llegó a las diez de el día a un poblecillo de siete u ocho casas llamado Los Esclavos, cinco leguas de la venta; posó en una ventilla que tiene allí un español muy devoto, porque el pueblo está en lo alto, donde se le hizo toda caridad y se detuvo lo restante del día. Llámense aquellos indios “los esclavos”, porque realmente lo fueron de los españoles ellos y otros muchos, recién conquistada la tierra, cuando no estaban las cosas tan asentadas ni con tan buen orden como agora están, y un presidente de la Audiencia de Guatemala libertó más de diez mil dellos y los pobló en diversas partes, y de aquí se quedaron con aquel nombre; hablan la lengua mexicana corrupta, que se llama lengua pipil, y caen en el obispado de Guatemala. Un cuarto de legua antes de llegar a aquel pueblo se pasa un río grande y caudaloso llamado el río de los Esclavos por un vado lleno de piedras, y es tan recia y arreatada su corriente, que hace temer a los que le pasan, y no deja que en él se críe ningún género de pescado, hasta que, una legua más abajo de por donde le pasó el padre comisario, da un salto de más de cincuenta estados con que quebranta su furia, y allá abajo, que ya va sosegado, tiene mucha pesca suya y de la que sube del Mar del Sur que no está lejos; pasóle bien el padre comisario porque a la sazón no llevaba mucha agua, y junto al pueblo se pasa un arroyo. Certificó un hombre de crédito al padre comisario que andando los años pasados por junto de aquel río un negro esclavo huido de su amo, se retrujo hacia aquella parte por donde el río da el salto sobredicho, porque unos indios le querían prender y le andaban ya en los alcances, y viendo que le acosaban mucho les dijo que le dejasen, porque si no él se echaría de allí abajo; los indios creyendo que fuesen solos fieros y que no se arrojaría, arremetieron a él para echarle mano y prenderle, pero el negro, viéndolos tan determinados, se santiguó y se echó de allí abajo y nunca más pareció.

Había por aquella tierra cuando pasó el padre comisario gran plaga de langostas que destruyeron las milpas; espantábanlas los indios y ojeábanlas con trompetas, flautas y tamboriles, dando asimesmo voces y gritos.

Miércoles siete de mayo salió el padre comisario muy de madrugada de aquella venta, y subida una mala cuesta prosiguió su camino por la ladera de una sierra, junto a un valle algo prolongado; bajada la cuesta pasó un arroyo y entró en una quebrada angosta y llena de montaña alta y espesa. por la cual baja otro arroyo, el cual se pasa nueve veces; finalmente, salió de aquella estrechura y subió a lo alto, y luego, aún antes que fuese de día, bajó una cuesta larga y penosa que a estar llovida le diera bien en qué entender. Llegados a lo bajo y dejando un poco apartada del camino a la banda del norte una estancia de ganado mayor, tres leguas y media de Los Esclavos, prosiguió su viaje, y andadas otras tres y media llegó muy cansado y quebrantado a otro pueblo pequeño de los mismos indios pipiles y del mismo obispado, visita de clérigos (como lo era el de Los Esclavos), llamado Xalpetláuac, muy seco y desastrado, donde hubo muy ruin recabdo y peor albergue. Desde poco antes de llegar a la estancia sobredicha hasta allí, se pasan catorce ríos entre chicos y grandes, al último de los cuales llaman el río de las Cañas, porque las hay en su ribera muchas y muy gruesas, y danse por aquella tierra tan disformes, que de cada cañuto hacen un tarro en que ordeñan las vacas y de otros hacen cubos para sacar agua; hay también junto a aquel río muchas y muy buenas guayabas para todos los que las quisieren coger. Sin la estancia sobredicha hay otras dos o tres, todas apartadas del camino, y hay una calera, y antes della unas ciénagas y barrancas malas de pasar en tiempo de aguas. Allí en Xalpetláuac estuvo muy indispuerto el secretario del padre comisario con una recia calentura, demás de otra que había tenido la noche antes en Los Esclavos, y por este respecto determinó el padre comisario de ir por Zonzonate para dejársele allí a curar si pasase adelante la enfermedad, aunque esto no hubo efecto como presto se verá. Hubo aquella noche gran tempestad de agua, truenos y relámpagos, recogiéronse todos a la iglesia porque no había otra parte dónde poder dormir en todo el pueblo.

Jueves ocho de mayo salió muy de madrugada de aquel pueblo el padre comisario, y pasado un riachuelo y muchos arroyos secos y una mala cuesta y tras ella otra peor que llaman el Melonar del Obispo, que es un cerro muy alto de mala subida y peor bajada lleno de peñas y peñascos a que llaman melones, y andadas tres leguas, llegó a un río llamado de Agua-chapa y por otro nombre Río Grande, porque lo es aunque entonces no llevaba agua demasiada, y así le vadeó muy bien. Poco antes de llegar



a aquel río descubrió uno de los compañeros, entre dos luces, un animalito de aquellos zorrillos que (como dicho queda atrás) hieden mucho, aunque son muy vistosos, y sin conocerle llegó inadvertidamente tan cerca dél que el zorrillo echó aquel vapor, humo o orina en los pies de la bestia en que iba, de tal manera que cabalgadura y silla, y el manto del que iba encima, quedó inficionado y hedió todo aquel día de un hedor tan malo y penetrativo, que no había quien se le llegase cerca sin recibir pena muy grande con tan mal olor.

Pasado el río de Aguachapa, por la enfermedad de su secretario tomó el padre comisario el camino de Zonzonate, aunque se rodeaban por allí algunas leguas, para ir a San Salvador, camino de Nicaragua, y así andadas tres leguas en que se suben algunas cuevas y se pasa una venta junto a una lagunilla, llegó a un bonito pueblo llamado Auachapa, de los mismos indios y obispado, en que residía un clérigo muy devoto de nuestro hábito, el cual recibió al padre comisario en su casa y le hizo mucha caridad y regalo. Hácense en aquel pueblo tinajas, cántaros y cantarillas y jarros de barro colorado, muy bueno todo y muy curioso. El clérigo, porque el padre comisario no rodease tanto en ir a Zonzonate, se ofreció a curar allí en su casa al enfermo, el cual entendido esto, en sólo pensar que se había de quedar allí sin compañía de frailes, le sobrevino una tan recia angustia, y tras ella tanta evacuación de cólera, que se sintió casi bueno dentro de pocas horas y sin gana de quedarse allí y sin necesidad de ir a Zonzonate, y así también el padre comisario dejó la ida a aquella villa para la vuelta de Nicaragua y siguió su camino derecho desde Auachapa.

Viernes nueve de mayo salió el padre comisario de aquel pueblo con una grande obscuridad, mucho antes que amaneciese; halló el camino muy mojado porque aquella noche había llovido mucho. Llevaba por guía un indio de a pie, el cual, aunque con alguna duda, anunció luego el agua que quería venir. Andada como media legua cayó un aguacero, y tras aquél otro y otro y otros, y era tan cierto el indio en conocer la venida del agua, que como él decía así sucedía; mojóse muy bien el padre comisario porque no tenía reparo con qué defenderse de la agua, ni dónde se poder recoger y guarecer; no se vía otra cosa en aquellas tinieblas y obscuridad más de lo que la lumbre y claridad de los relámpagos descubrían, los cuales eran tantos y tan a menudo venían, que unos a otros se alcanzaban; quiso nuestro Señor que al tiempo que comenzaba a caer un aguacero muy recio llegó el padre comisario a una estancia del mismo clérigo de Auachapa, dos leguas de aquel lugar, en la cual se metió y libró con sus compañeros de aquel aguacero y de otros que tras dél cayeron, que no fue pequeño remedio y beneficio. Allí durmió un rato

en el suelo sobre un petate y lo mismo hicieron los compañeros, y a los que faltaron petates sobraban haces de paja, pero todos reposaron poco por estar como estaban mojados. Siendo ya de día y habiendo cesado el agua, salió el padre comisario de aquella estancia, y andada una legua pasó a vista de un poblecito llamado Tiquizaya, de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, y andadas otras dos leguas de buen camino, llegó a otro pueblo grande de los mismos indios, obispado y visita llamado Chalchuapan, donde reside un clérigo, con el cual se detuvo como un credo cantado y luego volvió a proseguir su viaje.

Había en aquel pueblo muchos árboles de xícaras, los cuales son medianos, de hojas pequeñitas que cubren mal las ramas, la fruta que llevan es a manera de calabazas medianas, muy redondas y pegadas por el pezón al mismo tronco y grueso de las ramas, como las mazorcas del cacao; a éstas las curan, y aserradas por medio, como de ordinario se corta una naranja, hacen de cada una dos que sirven de escudillas, cazuelas y tazas y de otros vasos en que beben el chocolate y otras bebidas del cacao; éste es el servicio común de los indios y de los negros y aun de españoles pobres; llámense en la lengua mexicana *xicalli*, y corrupto el vocablo se dice xicara; hácese algunas éstas muy curiosas, raídas y pintadas, las cuales tienen en mucho en lo de México; también las aderezan sin partir-las, a manera de frascos, con su boca y respiradero para echar agua, vino, vinagre y otros licores; sin éstas se hacen en la Nueva España, especial en lo de Michoacán, otras xícaras muy grandes como fuentes y platos grandes, las cuales no son de árboles, sino cierto género de calabazas muy grandes, que cogidas de sus matas y cortadas por medio y curadas les dan un barniz y las pintan y venden muy caras, y llévanlas a México y a otras partes de la Nueva España.

Prosiguiendo el padre comisario su camino, luego como se despidió del clérigo de Chalchuapan y andadas dos leguas de buen camino, llegó a comer a otro bonito pueblo llamado Santa Ana, de los mismos indios y obispado, beneficio de otro clérigo muy devoto, el cual con el guardián de Zonzonate le salió a recibir, y ellos dos y los indios le hicieron mucha fiesta y caridad; llovió aquella tarde y noche mucho y hubo una tempestad de truenos y relámpagos tan terrible que a todos puso miedo.

Entre Auachapa y Tiquizaya hay a la banda del sur, en una ladera de una muy alta sierra, muchas fuentes y manantiales de agua caliente, que continuamente echan de sí humo muy espeso que se ve desde muy lejos; toda esta agua se hunde en sus mismos nacimientos y por debajo de tierra va a salir de la otra parte del camino real, a la banda del norte, y de ella se hace un río de agua tan caliente, que si en ella cae alguna cosa

de carne la cuece y deshace muy en breve; después, un poco más abajo, entra aquel agua en el río de Aguachapa, donde pierde su fuerza y calor.

Sábado diez de mayo, pasada el agua y tempestad sobredicha, salió el padre comisario de aquel pueblo de Santa Ana, muy de madrugada, y pasado allí junto a las casas por una puente de piedra un buen arroyo con que riegan los indios sus cacauatales, y después pasadas algunas barranquillas de malos pasos y otro arroyo y andadas dos leguas, llegó, aún todavía de noche, a otro pueblo llamado Coatepec, de los mismos indios pipiles, y del mismo obispado y visita. Pasó de largo, y pasadas otras muchas barrancas y cuestas, que con el agua que había caído aquella noche en tanta cantidad estaban muy malas, pasó dos riachuelos, el uno dos veces y el otro una sola, pero con mucho trabajo, dificultad y peligro porque iba de avenida y había robado tanto la tierra que no había por dónde entrar en él, ni después de entrado por dónde salir, pero al fin le pasó con el favor de Dios, y andadas cinco leguas llegó a un río grande que llaman de Nexapa, que a la sazón iba muy crecido y llevaba el agua muy turbia y hedionda; pasóle con trabajo, porque daba el agua a los bastos y llevaba recia la corriente; una cabalgadura estuvo por dos veces muy a punto de caer en medio del río con el que iba en ella, pero el Señor le libró y salió sin lesión alguna, aunque muy mojado; andada después otra legua llegó al pueblo de Nexapa, de los mismos indios, visita y obispado, y de muy poca vecindad; vino allí a darle de comer el guardián de San Salvador, con el cual se detuvo en aquel lugar todo aquel día y noche. Hay por allí muchos murciélagos que de noche, si se descuidan en dejar los pies descubiertos, suelen picar muy sutilmente, y sin sentir sacan el bocado redondo y tras él sale mucha sangre.

Domingo once de mayo madrugó mucho el padre comisario, y andada una legua con una noche muy obscura se halló en un pueblo llamado Quetzaltepec, de los mismos indios, obispado y visita, donde temiendo el agua que comenzaba a caer se recogió en una casa de paja, y aunque salió una vez pareciéndole que era tiempo, volvióle otra vez a la choza el agua que comenzaba a arreciar, hasta que visto que cesaba comenzó a caminar de propósito, y andadas dos leguas, en que se pasan dos riachuelos, llegó al amanecer a otro pueblo llamado Pocpan, de los mismos indios, obispado y visita; pasó de largo, y andadas otras dos leguas y pasadas en ellas muchas cuestas y una estancia y muchas milperías, visita de los dominicos de San Salvador, llegó a decir misa a nuestro convento de la misma cibdad de San Salvador, que está antes de entrar en el pueblo junto a las primeras casas. Salióle a recibir nuestro síndico, que era regidor de aquella cibdad, después acudió el alcalde mayor y regimiento a verle y desculpase de no haber salido al recibimiento diciendo que no pensa-



ban que llegara tan de mañana y que por eso estaban descuidados. Allí comió el padre comisario y no se detuvo más de hasta la tarde.

[CAPÍTULO XXXVI]

Dé cómo el padre comisario prosiguió su viaje hasta entrar en el obispado de Nicaragua y llegar al Viejo

Éstos indios mexicanos pipiles, de quien se ha tratado, es gente muy devota de nuestros frailes y de las cosas de la iglesia; son dóciles, domésticos y serviciales y llegan desde el pueblo de Los Esclavos hasta el río de Lempa, hablan la lengua mexicana corrupta, pero entiéndenla muy bien; éstos hay en aquello de San Salvador muchos y algunos dellos están en cargo de nuestros frailes y acuden a nuestro convento, del cual se dirá adelante cuando se trate de la visita de aquella provincia, que al presente lleva mucha prisa el padre comisario, el cual el mismo domingo en la tarde, once de mayo, habiéndole dado el síndico un mulato esclavo suyo que le guiase hasta la cibdad de San Miguel y le acompañase hasta Nicaragua, salió de San Salvador como a las tres, y pasado un arroyo al salir del pueblo, y después muchas casas y milperías de indios y andada una legua de cuestras arriba, llegó a un poblecito pequeño llamado Cotacuxca, de los mismos indios y obispado, de la guardianía de San Salvador. Salióle a recibir todo el pueblo puestos en procesión, con su cruz, y ofrecieronle pan y granadas; pasó de largo después de habérselos agradecido y andada otra legua llegó temprano a otro poblecito de los mismos indios, obispado y guardianía, llamado Tetzacuango, donde fue recibido de la misma manera y se le hizo mucha caridad y regalo; descansó allí aquella noche y acudieron murciélagos mordedores como los de Nexapa y mordieron a uno de los compañeros, al cual también habían mordido otros en el mismo Nexapa y sacádole mucha sangre.

Lunes doce de mayo salió el padre comisario de madrugada de aquel pueblo y luego subió y bajó una cuesta muy alta, pasando a la bajada muchos malos pasos, y andadas dos leguas llegó antes que amaneciese a un buen pueblo llamado Olocuilta, beneficio de un clérigo de los mismos indios y obispado. A la entrada del pueblo comenzó a caer un aguacero tan recio que fue menester alargar el paso y recogerse en casa del clérigo para poder defender de su furia. No estaba allí el beneficiado; durmió el padre comisario en una sala en el suelo, sobre el manto, hasta que pasó